

Integración económica e identidades caribeñas: convergencias y divergencias

Emilio Pantojas-García

Profesor. Universidad de Puerto Rico, Río Piedras.

El Caribe es una federación emocional.
Derek Walcott

Cuando se examina un tema como la integración económica de una región, lo usual es ponderar variables o parámetros económicos, comerciales, geográficos y políticos que viabilizan u obstaculizan iniciativas o propuestas de integración. Muy pocas veces los factores culturales e ideológicos se consideran primordiales. La idea de que sea necesario forjar una identidad regional que se articule como un proyecto político de integración como prerequisite para la integración económica, no aparece en la literatura como un tema importante de discusión e investigación.¹ Se da por sentado que la geopolítica define una región y que ello se acompaña de una identidad compartida, sea europea, asiática, latinoamericana o caribeña.

Esta visión tecnocrática, que ha dominado las propuestas y debates sobre integración del Caribe, es resultado del pensamiento económico de la segunda posguerra centrado en la reconstrucción europea. La visión del mundo asociada a la Guerra fría articuló una división del mundo en esferas de influencia

geopolítica, lo cual a su vez llevó a construir un imaginario que atribuía afinidades culturales, institucionales e ideológicas a las regiones construidas por el nuevo orden geopolítico. Europa, América Latina, el Caribe, Asia y África fueron construidas en el imaginario de los esquemas de integración como regiones afines en lo cultural y económicamente complementarias, siguiendo una visión económica estructuralista que pretendía ordenar al mundo en «comunidades económicas» que aprovecharan la división internacional del trabajo a nivel regional y las economías de escala que ello produciría. La experiencia más abarcadora de integración económica es la europea, y tomó más de cuatro décadas en completarse (1992), habiendo comenzado como proyecto político, en 1957, con la creación de la Comunidad Económica Europea, conocida como Mercado Común Europeo.²

Fuera de Europa, los proyectos de integración regional y subregional han tenido poco éxito. En el Caribe, la Comunidad Económica del Caribe (CARICOM, por sus siglas en inglés, 1973), heredera de la Caribbean Free Trade Association (CARIFTA, 1968), apenas comienza a moverse más allá de la unión

aduanera hacia una integración económica más amplia, habiendo creado en 1997 un organismo de negociación económica regional para acuerdos multilaterales.³ En América Latina, proyectos iniciados por el Área de Libre Comercio de Centroamérica (1959), la Asociación Latinoamericana de Libre Comercio (1961) y el Pacto Andino (1969) no avanzaron en la integración más allá de uniones aduaneras o áreas limitadas de libre comercio, a pesar de los adelantos del MERCOSUR y del Mercado Común Centroamericano (MCC).

La tesis de este artículo es que la integración económica, más allá de esquemas de uniones aduaneras o áreas de libre comercio, y de la creación de comunidades como espacios económicos productivos, comerciales y financieros, requiere un orden institucional y normativo complejo, además de un proyecto político-cultural de identidad compartido. Es decir, la integración económica requiere un cambio de paradigma que viabilice la construcción de un terreno político-cultural compartido, además de una institucionalidad jurídica y económica regional compatible y coherente. En tanto estas dos grandes dimensiones no se desarrollen, y se organicen congruentemente, no se adelantará significativamente en un proyecto de integración caribeña.

Una nota sobre la identidad caribeña

Mucho se habla del Caribe y la «caribeñidad» en los círculos culturales y académicos de la región, de nuestro núcleo fundacional compartido en la experiencia de la «diáspora» africana, de nuestras afinidades musicales, culinarias y sociológicas enraizadas en la plantación y la esclavitud. En realidad, los conceptos de Caribe y «caribeñidad», como ha señalado Antonio Benítez Rojo, son problemáticos. Su etimología nos remite a la conquista española del archipiélago de las Antillas y a los pobladores que la resistieron con mayor tesón, los «indios caribes». El mar de las Antillas se conoció como el mar de los Caribes o mar Caribe. El archipiélago y las costas de los territorios continentales circundantes compartieron una historia marcada por las economías de plantación, la rivalidad comercial y política entre las potencias europeas y el sincretismo sociocultural de las tradiciones de las poblaciones indígenas, los esclavos africanos y los pobladores y regidores europeos. Lo que denomino sincretismo describe un fenómeno similar al concepto de «diferencias análogas» de Benítez Rojo. Para este autor, quien coincide con Edouard Glissant, la identidad caribeña «es un rizoma que se desplaza en varias direcciones e imprevistamente».⁴ Esto es, la identidad cultural caribeña denota experiencias compartidas —esclavitud, economías de plantación, patrones de

colonización— que se articulan de formas específicas en cada país o sociedad.

Si en lo cultural y lo estético las «diferencias análogas» producen un complejo rítmico claramente identificable como caribeño, en lo económico y lo político la heterogeneidad se interpone a la síntesis. Los rasgos históricos compartidos que producen un *ethos* o carácter cultural caribeño distintivo, no se transponen a la política y a la economía regional. Como veremos, los conceptos Caribe, caribeñidad y caribeño tienen connotaciones muy distintas, según los actores políticos y económicos que los enuncien; no constituyen un conjunto económico, ni político integrado.

En lo político, el Caribe está compuesto, por ejemplo, por países independientes (Cuba, Haití, República Dominicana, Jamaica), provincias o territorios no independientes ligados a países metropolitanos (Martinica, Puerto Rico, Curazao, Monserrat, San Martín), regiones de países independientes (Colombia, México, Venezuela, Panamá, Costa Rica), y gobiernos organizados en una diversidad de maneras (repúblicas, gobiernos parlamentarios).

En lo económico, el Caribe cuenta con países productores de petróleo, otros con grandes sectores agrícolas, economías en vías de industrialización, centros turísticos y de servicios internacionales. Se habla, además, de un Caribe angloparlante, otro francés, otro holandés y otro hispano o latinoamericano, aunque en muchos de estos países los idiomas más hablados no son los de su identidad formal, sino varias versiones de creole que van desde el anglo-francés (Santa Lucía y Dominica) al basado en el francés (Haití, Martinica, Guadalupe), al papiamentu (desde el portugués y el castellano) a los *pidgins* del Caribe angloparlante (Barbados, Jamaica), al palenquero, a partir del castellano (Colombia) y el naciente *spanglish* de Puerto Rico y la República Dominicana.

Si bien a nivel de la cultura popular experimentamos una cierta afinidad identitaria, podemos decir que la construcción del Caribe y lo caribeño como identidad política ha sido forjada por visiones externas a la región.⁵

Trasfondo histórico de las propuestas de integración

Las propuestas de integración política y económica caribeñas datan del siglo XIX. En el Caribe inglés se registra la primera alusión a una federación de las Indias Occidentales en 1860, mientras que los independentistas del Caribe hispano proponían la creación de una «Confederación Antillana» entre Cuba, Puerto Rico y República Dominicana desde 1867.⁶ La propuesta de los independentistas puertorriqueños, cubanos y

dominicanos evolucionó para incluir a Haití y Jamaica, como una federación de las Antillas mayores. En 1882, se incluiría también a las posesiones británicas del Caribe en una proposición al primer ministro inglés William Ewart Gladstone, y cuya lógica política la dictaba el afán de detener los intentos norteamericanos de anexión de territorios caribeños.⁷

Es en el Caribe inglés donde se escenifican los primeros experimentos de integración política y económica. La formación de la Comisión Anglo-Americana del Caribe, en 1942, que se convirtió en 1946 en Comisión del Caribe para incluir a Francia y Holanda, tenía como propósito principal la coordinación de la política de los poderes coloniales ante los retos impuestos por la Segunda guerra mundial. La Comisión del Caribe, en particular, sirvió para forjar una visión regional de los problemas político-económicos de las Antillas y para entrenar un grupo de cuadros caribeños que más adelante servirían como líderes de los gobiernos independientes y coloniales de la región.⁸

Según Gordon K. Lewis, el proyecto de la Federación de las Indias Occidentales que se materializa en 1958, encuentra sus orígenes en la iniciativa de la Comisión del Caribe y fue precisamente su percepción como un instrumento de control metropolitano lo que llevó a su eventual fracaso.⁹ Pero los elementos que conspiraban contra tal Federación no eran puramente externos. En un relato periodístico publicado como libro por la prensa del *Barbados Advocate* bajo el título *The Agony of the Eight* (*La agonía de los ocho*, s.f.), Sir Arthur Lewis relata las divisiones políticas y las desconfianzas que existían entre líderes caribeños como Norman Manley, de Jamaica, Eric Williams, de Trinidad y Vere Bird, de Antigua. La incapacidad de estos para ponerse de acuerdo y la apatía popular a la idea, impidieron que se constituyera una nueva federación, independiente de Gran Bretaña. Ante este fracaso, Jamaica y Trinidad negociaron por separado su independencia en 1962.

En el Caribe hispanoamericano la «Federación Antillana» fue un proyecto del liderazgo independentista. La agresiva política norteamericana hacia la región, que culminó con la invasión norteamericana de 1898 a Cuba y Puerto Rico y las invasiones a Santo Domingo y Haití en las primeras décadas del siglo xx, descarrilaron este proyecto.

Las estructuras para la integración económica del Caribe han avanzado más en el Caribe angloparlante, a pesar de que CARIFTA, creada en 1968, y su sucesora, CARICOM, surgida en 1973, son posteriores al Mercado Común Centroamericano y a la Asociación Latinoamericana de Libre Comercio (ALALC), que datan de 1960.¹⁰ Luego de negociaciones iniciadas en

Bahamas en 2001, en enero de 2006 los líderes de CARICOM firmaron un acuerdo en Jamaica para implantar un mercado y economía única removiendo las últimas restricciones al movimiento de capital, bienes y servicios entre sus Estados miembros para finales de 2008.¹¹

Esta rápida evolución de la integración económica en el Caribe angloparlante tiene varias explicaciones posibles. Primero, el historial de intentos de regionalizar la administración colonial dentro de los territorios británicos del Caribe se asoció a una tradición de formación de gremios y asociaciones profesionales regionales, que favoreció la difusión de una identidad regionalista con articulación institucional. Así emergen los conceptos de *West Indies* para referirse al Caribe inglés y *west indian* como gentilicio de los habitantes de las «Indias Occidentales». ¹² Segundo, el proceso de descolonización dentro del imperio británico se verificó mediante la creación de una «mancomunidad». La lenta transición hacia la independencia de las islas y los territorios británicos de la región y la formación intelectual y técnica de la élite política y la tecnocracia criolla caribeña en organismos regionales, como la Comisión del Caribe y en universidades británicas, proveyeron una fuerte cultura integracionista entre la élite política del Caribe angloparlante. Tercero, el Tratado de Roma de 1957, que dio inicio al Mercado Común Europeo (MCE), proveyó una convención que permitiría un sistema de asociación unilateral entre el MCE y los territorios y países antes colonias de los países miembros. La visión de la integración como vía racional de la reconstrucción y el desarrollo, que dominó el pensamiento económico europeo de posguerra, permeó el proceso de negociaciones entre la Comunidad Económica Europea (CEE) y los territorios y antiguas colonias de sus miembros. El año en que se crea CARICOM —1973— coincide con el ingreso del Reino Unido a la CEE y la decisión de los territorios y antiguas colonias europeas de formar el bloque Asia, Caribe, Pacífico (ACP) para negociar los términos de acceso preferencial al bloque económico europeo, articulado en la Primera Convención de Lomé de 1975.¹³

En América Latina, por el contrario, habiéndose logrado la independencia en el siglo xix, las élites terratenientes no favorecían la integración regional, sino los tratados bilaterales que dieran trato preferencial a los productos de exportación de las economías latifundistas. Los proyectos de integración de centro y sur América estarán ligados al proyecto de industrialización promovido por la CEPAL. Las asimetrías entre países, las oligarquías terratenientes y otros grupos conservadores han sido un obstáculo al progreso de la visión integracionista.¹⁴

Durante las últimas dos décadas del siglo xx, la dinámica integracionista tomó un nuevo giro. La crisis causada por el segundo *shock* petrolero en 1978, la caída de los precios de los productos de exportación tradicional y el endeudamiento de los países del Caribe situaron a la región en medio del fuego cruzado de la Guerra fría. El triunfo de las revoluciones en Granada y Nicaragua y la guerra civil en El Salvador profundizaron las fisuras ya existentes del proyecto integracionista de CARICOM y del Mercado Común Centroamericano. La disyuntiva planteada en este período puede resumirse en las diferencias de visión articuladas por la Iniciativa para la Cuenca del Caribe (ICC) de los Estados Unidos y la propuesta de Alternativa Regional lanzada por el CRIES desde Nicaragua.¹⁵ La ICC proponía un sistema de preferencias basado en el bilateralismo, mientras que la Alternativa Regional aspiraba a un modelo de integración regional basado en el marco de las políticas para un Nuevo Orden Internacional.¹⁶ Para 1989, la revolución de Granada había sido suprimida; en Nicaragua, el gobierno sandinista perdía las elecciones y los Estados Unidos declaraban su victoria en la Guerra fría con el colapso del muro de Berlín.

La implantación del Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN) de 1994 y el establecimiento de la Organización Mundial de Comercio (OMC), en 1995, han consolidado en el hemisferio americano el dominio de la visión neoliberal en la creación de un nuevo orden económico mundial. El proyecto neoliberal propone una serie de transformaciones jurídico-políticas, institucionales, tecnológicas y económicas, diseñadas para viabilizar una mayor movilidad global de los factores de producción, particularmente el capital y la tecnología. Los acuerdos, tratados y organizaciones internacionales que dan forma a este nuevo orden «global» (OMC, Banco Mundial, Fondo Monetario Internacional) actúan para implantar un marco económico, jurídico y político basado en los principios del neoliberalismo: centralidad de las fuerzas de mercado, desreglamentación del comercio y la inversión y de otros espacios del quehacer de las empresas privadas. Este proceso de desreglamentación nacional y re-reglamentación transnacional promueve la creación de un espacio económico supranacional congruente con los intereses de las megacorporaciones transnacionales, que actúan como oligopolios globales. En este nuevo orden jurídico, los tratados de «libre comercio» actúan como marcos condicionantes que garantizan la libertad de movimiento y acción de las corporaciones transnacionales en esferas usualmente reservadas al control de los Estados nacionales.¹⁷

El proyecto global de «liberalización comercial» ancla la expansión económica en el principio de «ventajas

comparativas» de las economías abiertas. Estas ventajas —bajos salarios, bajos niveles de sindicalización, pocas restricciones ambientales, exenciones contributivas— constituyen precisamente las «desventajas sociales» de las poblaciones trabajadoras de los países menos desarrollados.

En este contexto de reestructuración económica global, la integración del Caribe puede verse como un paso intermedio entre la liberalización comercial y la eventual integración al Área de Libre Comercio de las Américas (ALCA). La creación de la Asociación de Estados del Caribe (AEC) en 1994 y CARIFORUM en 1992 parecen constituir maniobras defensivas de los gobiernos regionales para resistir y negociar ante la fuerza incontenible del proyecto neoliberal impulsado por las empresas transnacionales y las grandes economías del hemisferio. No obstante, este acercamiento defensivo parece estar plagado de contradicciones.

En el documento «El Caribe: cumbres, creación de identidad e integración», Miguel Ceara Hatton, señalaba que en la AEC se combinan cuatro grupos de países: Centroamérica, CARICOM, el Grupo de los Tres (Colombia, Venezuela y México) y los no agrupados (Cuba, República Dominicana y Panamá).¹⁸ A pesar del progreso en muchas áreas de la integración comercial, estos grupos no han logrado forjar una identidad integrada del Gran Caribe. El proceso de integración es desigual y contradictorio. República Dominicana, por ejemplo, logra firmar un acuerdo de libre comercio con CARICOM en 2001, pero su implementación se retrasa por «desconocimiento de los oficiales de aduana». Venezuela hace concesiones comerciales para la exportación de petróleo al Caribe, a la vez que antagoniza a Estados miembros de CARICOM —Barbados y Trinidad y Tobago en particular— al reclamar derechos territoriales sobre la Isla de las Aves (conocida como Bird Island en inglés), lo que se percibe como un reclamo de ampliación de la esfera de influencia económica costera de Venezuela a expensas de países miembros de CARICOM.¹⁹

¿A qué podemos atribuir esta dinámica contradictoria de convergencias y divergencias? ¿Cuáles son los factores que subyacen en esta dinámica de la integración económica del Caribe? En las próximas secciones, esbozaremos lo que consideramos las principales variables geopolíticas, económicas, étnico-lingüísticas, culturales e históricas para explicar la lentitud e inconsistencia en la formación de una identidad como región o bloque económico. Trataremos de identificar y plantear, además, aquellos puntos de convergencia dentro de la identidad caribeña realmente existente que podrían servir como base para adelantar la construcción de un discurso y una práctica regional que viabilice la

Cabe también la pregunta de si es posible hablar de integración económica como algo distinto del proceso de liberalización comercial. ¿Será posible hablar hoy de una comunidad económica caribeña que permita no solo el libre intercambio de mercancías, sino una moneda común, la movilidad de trabajadores entre países y la coordinación de políticas económicas, ambientales y sociales?

implantación de un proyecto de integración económica regional del Caribe.

Puntos de divergencia

Geopolítica

Entre las variables geopolíticas podemos comenzar por señalar la división entre economías isleñas y economías continentales. Para muchos de los países que bordean el Caribe, su «caribeñidad» es un fenómeno regional. Venezuela y Colombia son también andinos, mientras México es socio principal del TLCAN y se ve a sí mismo, cada vez más, como parte del bloque de países del «norte» dentro del ALCA.

La «regionalidad» de la identidad caribeña de países continentales tiene como corolario reclamos territoriales de raíces históricas. Se distinguen entre estos los de Venezuela sobre la región de Esequibo, en Guyana, y el conflicto entre Guatemala y Belice. A los gobiernos del Caribe angloparlante les preocupa, sobre todo, el poderío militar de los ejércitos latinoamericanos. La tradición militarista latinoamericana contrasta con el papel subalterno de los militares en el Caribe anglófono, derivado de su membresía en la mancomunidad británica. En tanto que el Reino Unido garantiza la seguridad internacional de los países y territorios caribeños, el componente militar del Caribe angloparlante, típicamente, se concentra en fuerzas de carácter policial para la vigilancia de las costas y de la ley y el orden internos. La visión geopolítica de la región como traspatio y bastión estratégico de poderes mundiales, constituye otro posible obstáculo a la formación de una identidad regional que promueva la integración. Su uso como escenario de conflictos por parte de empresas transnacionales norteamericanas y europeas se demostró en la llamada guerra del banano. Empresas norteamericanas, como la United Fruit, utilizaron a su gobierno para quejarse ante la OMC por prácticas «ilegales» de subsidios de exportaciones y trato preferencial mediante cuotas que aseguraban el acceso

y mejores precios del banano del Caribe angloparlante, importado por la transnacional europea Geest. Este conflicto —que enfrentó inicialmente a los gobiernos de Santo Domingo y Centroamérica con los de países productores de banano de CARICOM y, más tarde, a los países bananeros latinoamericanos con los productores de banano de las islas de barlovento, constituye el mejor ejemplo de la visión de la región como traspatio productivo de países o bloques de países avanzados.²⁰

En las organizaciones regionales, los territorios no independientes son percibidos como intermediarios de las posiciones de las potencias regentes, papel que han desempeñado no pocas veces en la historia. Puerto Rico se ve como intermediario de los intereses norteamericanos, mientras los departamentos franceses de Martinica, Guadalupe y la Guyana se perciben como articuladores de las posiciones de Francia.

El final de la Guerra fría ha transformado la geopolítica del siglo xx, desplazando al Caribe a los bajos niveles del escalafón estratégico, en tanto que ya no es un área crucial del conflicto ideológico entre las superpotencias. Ahora las prioridades estratégicas norteamericanas en esta zona son contener el tráfico de drogas y la infiltración de emigrantes indocumentados en su territorio. La Cuenca del Caribe se ve como un problema «policial» o criminal en el ámbito de la política exterior norteamericana. Los países caribeños no se ven como socios económicos, sino como vecinos con problemas, que necesitan ayuda y vigilancia. Esta es una posible interpretación del Plan Colombia. El discurso oficial que criminaliza los emigrantes del Caribe crea también una división entre los países «problemáticos» (Haití, República Dominicana, Cuba y Colombia) y los afectados o empleados como puertos alternos de entrada para emigrantes y droga a los Estados Unidos (Puerto Rico, Bahamas, Islas Vírgenes). La migración de haitianos a Bahamas y Santo Domingo, la de dominicanos a Puerto Rico, Islas Vírgenes y al Caribe holandés, crea conflictos y desconfianzas intrarregionales que dificultan la apertura. La proyección de una imagen de «países exportadores de drogas», creada por la

prensa en los casos de Colombia y México, o de países que se articulan como centros financieros del narcotráfico, como Bahamas, alienta la desconfianza y la desunión regional y permiten a los gobiernos de los Estados Unidos y la Comunidad Europea dictar condiciones en los procesos de negociación de acuerdos económicos.²¹

Economía

Uno de los problemas más importantes y difíciles que afronta el proceso integracionista es la similitud y competencia entre las pequeñas economías del Caribe. El turismo, la agricultura y la manufactura liviana para la exportación son los ejes de la mayoría. La industria de ropa del Caribe insular, por ejemplo, se vio enormemente afectada por la competencia de los productores localizados en México a partir de la aprobación de TLCAN. En los primeros dos años de este (1994-1996), las exportaciones de ropa de México a los Estados Unidos aumentaron 123%, mientras que para los principales exportadores de ropa del Caribe (República Dominicana y Jamaica), fue solo 12% para el primero y 11% para el segundo.²²

Como ya hemos discutido, la «guerra del banano» que se ha escenificado en los últimos años constituye otro fehaciente ejemplo del elemento negativo de la competencia regional que, obviamente, enmascara la competencia entre megacorporaciones transnacionales. No son los gobiernos de Guatemala, Honduras o México los que compiten con los de Santa Lucía, Dominica y San Vicente por el acceso a los mercados europeos. Los competidores son las corporaciones transnacionales como la United Brands y Geest. Son estas corporaciones las que generan el conflicto y movilizan a estos gobiernos en su representación. En el nuevo orden económico neoliberal, los principales actores económicos son las mega empresas transnacionales. El papel de los gobiernos nacionales es cada vez más reducido. La «guerra del banano» no se está dirimiendo en el Caribe, sino en Ginebra, ante el Órgano de Solución de Diferencias de la OMC.²³

Otro problema que afronta cualquier proyecto de integración regional es la asimetría en las economías regionales. La mayoría de las isleñas depende de dos o tres industrias o sectores económicos. La apertura comercial implica, por consiguiente, un aumento en la vulnerabilidad de estas pequeñas economías a ser controladas por intereses corporativos transnacionales que no se preocupan de las necesidades sociales, culturales y de calidad de vida locales. El desarrollo sostenible de las pequeñas economías caribeñas depende de la sensibilidad de los acuerdos de integración regional

a las necesidades de las menos desarrolladas. Hasta el momento, los organismos del ALCA, por ejemplo, han bregado con estas necesidades como un problema de ayuda técnica. En la Cumbre de CARICOM de 2001 en Nassau, Bahamas, el presidente Vicente Fox prometió doblar la contribución de ayuda técnica de México para el Caribe. Este gesto, si bien positivo, confirma esta visión limitada del proceso integracionista del ALCA y puntualiza la ignorancia o el rechazo a considerar los problemas de las pequeñas economías. En su intento de ser solidario y generoso, el presidente Fox sitúa a México del lado de las economías avanzadas del ALCA, del lado «norte» de la geopolítica del hemisferio americano, lo cual constituye una postura política que afecta las lealtades y alianzas en los procesos de negociación político-económicos.

Elementos culturales e históricos

Si bien, como señalamos, los principales actores económicos son las megaempresas transnacionales, los articuladores de los intereses económicos, corporativos, políticos, sociales, geopolíticos y culturales, son grupos sociales. Llámense élites, clases, claques, categorías sociales o agrupaciones, estos actores no operan en un vacío social, sino en contextos «étnico-lingüísticos-culturales-históricos». Las divergencias de identidad en el Gran Caribe, como lo designa la AEC, son diversas y a veces inesperadas. Los panameños no se consideran centroamericanos, los dominicanos llaman «negros» solo a los haitianos y los puertorriqueños nos referimos a los inmigrantes del Caribe del este como los «negros de las islas». Estos prejuicios étnicos llevan, por ejemplo, a que los tecnócratas puertorriqueños insten a sus contrapartes de países independientes como Barbados a adoptar «el modelo puertorriqueño» de desarrollo como solución a sus problemas.

Existe en el Caribe, además, una desconfianza entre las élites latinoamericanas y las élites de *west indians*. Una de sus bases es el conflicto por el predominio lingüístico entre el inglés y el castellano. La batalla del idioma se escenifica en múltiples escenarios desde asociaciones profesionales hasta la vida cotidiana de los emigrantes caribeños en Nueva York y Miami. Pero esa desconfianza no es meramente un fenómeno entre países. En Guyana y Trinidad y Tobago existe desconfianza y conflicto entre las poblaciones de «indios occidentales» e «indios orientales» (*west indians vs. east indians*). El hecho, que tiene raíces culturales, raciales y lingüísticas, permea las negociaciones y acuerdos sobre la integración. Por ejemplo, la queja de empresarios dominicanos de que los aduaneros de CARICOM no permitieron la entrada libre de impuestos a sus

mercancías luego del acuerdo de libre comercio entre CARICOM y República Dominicana.

Por otra parte, dentro de la dimensión histórico-cultural se ven con desconfianza los reclamos históricos de países latinoamericanos (Venezuela y Guatemala) sobre la región de Esequibo y sobre Belice, espacios histórico-culturales claramente anglófonos.

Hemos señalado aquí solo algunos de los puntos sobresalientes de divergencia que conspiran contra la formación de una identidad caribeña que promueva la integración del gran Caribe. Esto no implica que seamos pesimistas sobre la integración regional. Solamente apuntamos a aquellos elementos que necesitan superarse para lograr un acercamiento realista en el contexto de la realidad heterogénea del Gran Caribe.

Puntos de convergencia

Geopolítica

Si bien la colaboración e integración en el Gran Caribe presenta obstáculos importantes, también dentro de los cuatro conjuntos de países que demarca Miguel Ceara Hatton,²⁴ se progresa hacia ellas. La inclusión de Haití y República Dominicana en CARICOM, la invitación de CARIFORUM en 1998 a Cuba a integrarse a este bloque, la adopción del Plan Puebla-Panamá y la ratificación del tratado de libre comercio (TLC) entre República Dominicana y Centroamérica, constituyen pasos afirmativos de integración en el Gran Caribe. El ferviente entrecruzado de tratados, protocolos y acuerdos jurídicos demuestra una voluntad integracionista de mucha importancia.

La proximidad geográfica, una larga historia de intercambios comerciales y poblacionales y la amenaza de quedar marginados por el proceso de realineamiento y reestructuración económica inducidos por el ALCA son incentivos para la integración. Los líderes de la Cuenca del Caribe tratan de forjar un bloque que contrarreste la debilidad individual de sus miembros. De los treinta y cuatro países que integrarían el ALCA, veinte son las «pequeñas economías» del Caribe y Centroamérica.²⁵

Podría decirse que la geopolítica de la pequeñez y el rechazo a ser visto como traspatio político-económico de los Estados Unidos constituyen un poderoso estímulo a la integración. La AEC ha servido para forjar un consenso que reconoce esta necesidad. Entre las prioridades de la AEC se destacan: crear un sistema de transportación intraregional, armonizar el uso de los recursos para el desarrollo turístico y entender el mar Caribe como el principal recurso compartido por los países de la región.²⁶

Economía

Por otra parte, la amenaza de la marginalidad ha llevado al redescubrimiento de la importancia de alianzas económicas regionales. Los fuertes dentro de los débiles, como es el caso de Venezuela y México, utilizan sus reservas petroleras como llave para la asociación comercial con varios países de la región. El presidente venezolano Hugo Chávez promovió la creación de PETROCARIBE en junio de 2005 como base para proyectos más ambiciosos como la Alternativa Bolivariana para las Américas (ALBA). En el sector privado el fervor integracionista consolida las actividades de las transnacionales regionales como el Grupo Taca en Centroamérica y los Super Clubs en el Caribe.²⁷ Estas empresas anticipan la viabilidad de operar en un marco jurídico-legal regional consistente.

Pero la integración económica no se limita a las transnacionales, ni a las empresas formales. El comercio internacional por canales informales —que comenzó en el siglo XVII, cuando marineros con patente de corso (corsarios) surcaban el Caribe y mantenían un trasiego regular de comercio ilegal del que participaban hasta las autoridades coloniales— se beneficia hoy de la liberalización del comercio. Artesanías de Haití o Guatemala se venden en los puertos del Caribe a los turistas que viajan en cruceros a través de «vendedoras ambulantes», *higglers* o *madame Sara's* que viajan con maletas cargadas de mercaderías que, técnicamente, podrían considerarse «contrabando». Este comercio centenario —y a primera vista marginal— es también un punto de convergencia sobre el cual construir una identidad caribeña integracionista.²⁸

Elementos culturales e históricos

La tradición afroantillana que comparte el Caribe constituye la base para una industria cultural que ha florecido a través de nuestra historia. Desde Daniel Santos, Celia Cruz y la Sonora Matancera hasta Bob Marley, los Van Van y Carlos Vives, la industria musical ha sido tradicionalmente una fuerza integracionista. No obstante, las divisiones lingüísticas mantienen segregada la industria cultural. El *zouk* del Caribe francés, apenas se conoce en el Caribe latinoamericano y The Mighty Sparrow es completamente desconocido para el público fuera del Caribe angloparlante.²⁹ La posibilidad de forjar una industria cultural pancaribeña depende de nuestro compromiso con una agenda verdaderamente multicultural. La hospitalidad caribeña hacia los vecinos de otras tradiciones lingüísticas necesita de una transformación cultural, si es que la integración económica contempla incluir el ámbito de lo cultural. Hasta el momento, el Caribe salsero y merengero se

encuentra con el Caribe del calipso y el reggae en la diáspora norteamericana o en la nueva diáspora transcaribeña que lleva a dominicanos, cubanos y haitianos a Nassau, Willemstad, Pointe-à-Pitre, Philipsburg, San Juan o Charlotte Amalie.

En términos político-económicos, la identidad caribeña puede concebirse como un conjunto de círculos, identificados por tradiciones lingüísticas y posicionamientos geopolíticos que se traslapan de forma desigual. Estos círculos o esferas comparten una parte de su superficie, que representan proporciones distintas del área de cada círculo. Ese espacio compartido constituye el terreno del proyecto integracionista. Pero este requiere la construcción de una identidad regional multicultural que hasta el momento ha probado ser elusiva. Ese es el gran reto de la integración regional.

A modo de conclusión

El resurgimiento del liberalismo comercial, que se conoció en el siglo XIX como librecambismo y hoy se denomina neoliberalismo, ha tenido un efecto integracionista en el Caribe. Como forma de controlar los posibles efectos adversos de una apertura comercial entre economías con grandes asimetrías, los países caribeños han pactado alianzas y tratados económicos sobre la base de acuerdos preexistentes que languidecían, como CARICOM y el Mercado Común Centroamericano (MCC). No obstante, cabe preguntarse si estas iniciativas «integracionistas» constituyen pasos hacia la creación de comunidades económicas integrales, como la europea o la constitución de bloques económicos con fines defensivos frente a iniciativas de libre comercio de las grandes economías del hemisferio como el ALCA, el TLCAN y MERCOSUR.

Cabe también la pregunta de si es posible hablar de integración económica como algo distinto del proceso de liberalización comercial. ¿Será posible hablar hoy de una comunidad económica caribeña que permita no solo el libre intercambio de mercancías, sino una moneda común, la movilidad de trabajadores entre países y la coordinación de políticas económicas, ambientales y sociales?

Claramente, hay que repensar el concepto de la integración en la era del neoliberalismo y la globalización. En este momento se observan propuestas alternativas como el ALBA y PETROCARIBE, que representan propuestas de relaciones Sur-Sur, frente al ALCA que representa una propuesta de relación basada en el intercambio Norte-Sur.

Los procesos que hoy se observan indican que los modos de integración y cooperación han cambiado grandemente, y que la integración regional sobre bases

de geopolítica es obsoleta. Debemos, pues, pensar de nuevas maneras. El reto es pensar nuevos paradigmas de cooperación a tono con las realidades de la economía global del conocimiento.

Notas

1. El concepto proyecto político se define como el conjunto de intereses, preferencias, valores, aspiraciones sociales y metas económicas, de coaliciones sociopolíticas que aspiran o compiten por una cuota de poder en la sociedad. Un proyecto político articula en un discurso ideológico aquellos intereses, preferencias, etc. sobre los cuales hay convergencia entre los grupos que integran una coalición. No obstante, los intereses y preferencias expresados en un proyecto político no son articulados en igualdad de condiciones para todos los integrantes de una coalición. Las coaliciones sociales están estratificadas, el poder está dividido asimétricamente y jerárquicamente, por lo cual habrá intereses y preferencias dominantes y otras subordinadas. No todos los integrantes de una coalición aspiran a lo mismo, no todas las aspiraciones son definidas igual y no todos los integrantes conseguirán sus metas y objetivos principales.

2. Se formaron dos grupos económicos, el de la Comunidad Económica Europea en 1957 y el de la Asociación Europea de Libre Comercio en 1960. Para un recuento y tabulación detallada de acuerdos y bloques económicos a partir de la segunda postguerra véase Aponte García y Álvarez Swihart (2002).

3. La creación de un organismo de negociación regional fue sugerido por el informe de la West Indian Commission (1994). Sitio web de Caribbean Regional Negotiating Machinery, <http://www.crnrm.org/about.htm>, consultado el 11 de marzo de 2007.

4. Antonio Benítez-Rojo, «Significación y ritmo en la estética caribeña», en Lowell Fiet y Janette Becerra, eds., *Primer Simposio de Caribe 2000: re-definiciones: Espacio —global/nacional/ cultural/ personal— caribeño*, Facultad de Humanidades, Universidad de Puerto Rico, Río Piedras, 1997, pp. 11 y 23.

5. Gordon K. Lewis, *The Growth of the Modern West Indies*, Monthly Review, Nueva York, 1968, p. 350.

6. *Ibidem*, p. 343; Carlos M. Rama, *La independencia de las Antillas y Ramón Emeterio Betances*, Instituto de Cultura Puertorriqueña, San Juan, 1980, pp. 18-9.

7. Carlos M. Rama, *ob. cit.*, pp. 68-74.

8. Charles W. Taussig, «The Four-Power Program in the Caribbean», *Foreign Affairs*, v. 24, n. 4, Nueva York, julio de 1946; Eric Williams, *My Relations with the Caribbean Commission, 1943-1955*, Port of Spain, 1955.

9. Gordon K. Lewis, *ob. cit.*, p. 351.

10. Celso Furtado, *La economía latinoamericana desde la conquista ibérica hasta la revolución cubana*, Siglo XXI, México, DF, 1973, pp. 230 y 236; Wendell A. Samuel, «Caribbean Economic Integration», en Stanley Lalta y Marie Freckleton, eds., *Caribbean Economic Development: The First Generation*, Ian Randle Publishers, Kingston, 1993, p. 159.

11. CARICOM, «CARICOM Single Market (CSM) Ratified!», *Jamaica Gleaner*, 31 de enero de 2006, <http://www.jamaica-gleaner.com/gleaner/20060131/lead/lead1.html>, consultado el 11 de marzo de 2007; *Communique Issued at the Conclusion of the Twenty-*

Second Meeting of the Conference of Heads of Government of the Caribbean Community, Nassau, Bahamas, 3 al 6 de julio de 2001, <http://www.caricom.org/22hgc-communique.htm>, consultado el 25 de julio de 2001.

12. Véase Gordon K. Lewis, ob. cit.

13. «Milestones in ACP-EEC Cooperation», *The Courier*, n. 89, Pittsburgh, enero-febrero de 1985, p. 32.

14. Celso Furtado, ob. cit., pp. 241-3.

15. Institute for Social Studies (ISS), *An Alternative Policy for Central America and the Caribbean, Summary and Conclusions of a Policy Workshop*, Institute for Social Studies, La Haya, 1983; George Irvin y Xabier Gorostiaga, eds., *Towards an Alternative for Central America and the Caribbean*, Allen & Unwin, Londres, 1985.

16. James L. Dietz y Emilio Pantojas-García, «Neoliberal Policies and Caribbean Development: From the CBI to the North American Free Trade Agreement», *21st Century Policy Review*, v. 2, nn. 1-2 Washington, DC, primavera de 1994, pp. 17-40.

17. Ricardo Grinspun y Robert Kreklewich, «Consolidating Neoliberal Reforms: Free Trade as a Conditioning Framework», *Studies in Political Economy*, n. 43, Toronto, primavera de 1994, pp. 33-61; Emilio Pantojas-García y James L. Dietz, «North American Free Trade, Economic Restructuring, and Export-led Industrialization in the Caribbean», *Caribbean Studies*, v. 29, n. 1, San Juan, enero-junio de 1996, pp. 49-64.

18. Miguel Ceara Hatton, «El Caribe: cumbres, creación de identidad e integración», AEC, Puerto España, 11 de marzo de 2000, p. 20.

19. Rickey Singh, «Our Caribbean: The moves of Hugo Chavez», *Nation*, Bridgetown, 27 de julio de 2001, <http://nationnews.com/StoryView.cfm>.

20. Efraín Vázquez Vera, «La guerra del banano: el Caribe como escenario de la nueva rivalidad comercial del mundo global», en Gerardo González Núñez y Emilio Pantojas-García, *El Caribe en la era de la globalización*, Publicaciones Puertorriqueñas/Centro de Investigaciones Sociales, San Juan, 2002.

21. Financial Action Task Force on Money Laundering (FATF), *Review to Identify Non-Cooperative Countries or Territories: Increasing the Worldwide Effectiveness of Anti-money Laundering Measures*, OECD, París, 22 de junio de 2001, http://www.oecd.org/fatf/NCCT2001_en.pdf, consultado el 27 de julio de 2001; Ivelaw L. Griffith, *The Political Economy of Drugs in the Caribbean*, Macmillan, Londres, 2000.

22. Calculado de cifras provistas por la Comisión de Comercio Internacional de Estados Unidos (USITC).

23. World Trade Organization (WTO), European Communities - Regime for the Importation, Sale and Distribution of Bananas, complaints by Ecuador, Guatemala, Honduras, Mexico and the United States (WT/DS27), http://www.wto.org/english/tratop_e/dispu_e/banana_e.htm, consultado el 27 de julio de 2001.

24. Miguel Ceara Hatton, ob. cit.

25. Antigua y Barbuda, Bahamas, Barbados, Belice, Costa Rica, Dominica, El Salvador, Granada, Guatemala, Guyana, Haití, Honduras, Jamaica, Nicaragua, Panamá, República Dominicana, Saint Kitts y Nevis, Santa Lucía, San Vicente y las Granadinas, Surinam.

26. Association of Caribbean States (ACS), *Convention Establishing the Association of Caribbean States*, <http://www.acs-aec.org/legal/Convention.htm>, consultado el 28 de agosto de 2000; «Declaration of Santo Domingo» (http://www.acs-aec.org/Summit/English/Declaration_eng.htm) y «Declaration for the Establishment of the Sustainable Tourism Zone of the Caribbean» (http://www.acs-aec.org/Summit/English/DecSTZ_eng.htm), Second Summit of Heads of State and/or Government of the States, Countries and Territories of the Association of Caribbean States, Santo Domingo, 16-17 de abril de 1999, consultados el 18 de mayo de 2000.

27. El Grupo Taca tiene base en El Salvador y el Super Clubs se origina en Jamaica.

28. Arturo Morales Carrión, *Puerto Rico and the Non Hispanic Caribbean: A Study in the Decline of Spanish Exclusivism*, Universidad de Puerto Rico, Río Piedras, 1971; María I. Quiñones, «Looking Smart: Consumption, Cultural History and Identity Among Barbadian 'Suitcase Traders'», en Barry L. Isaac, ed., *Research in Economic Anthropology*, v. 18, Elsevier Science & Technology, Amsterdam, 1997, pp. 167.

29. Keith Negus, *Music Genres and Corporate Cultures*, Routledge, Londres, 1999.